

JOA.—¿Quieres hacerme el... favor de escucharme con seriedad?

GLO.—Pero a condición de no ponerte trágico, que por ese camino no voy.

JOA.—No, Gloria...

GLO.—Un momento. (*Va a buscar una silla, después otra y con afectada gravedad.*) Siéntate.

JOA.—Yo no puedo consentir que Federico te enamore.

GLO.—No.

JOA.—Sí.

GLO.—No.

JOA.—(*Dando un golpazo con la silla.*)—¡Sí!

GLO.—Deja; te traeré otra silla más fuerte...

JOA.—Escúchame. Hace dos años ya... que no puedes negar mi cariño. ¿Verdad que no lo niegas...?

GLO.—Un momento. (*Mira por izquierda y vuelve a sentarse.*) Juegan muy distraídos: continúa...

JOA.—Reconozco todas tus buenas cualidades y estoy decidido a casarme.

GLO.—¡Ay, Dios mío, como empieza esto!

JOA.—¿Quieres tú...?

GLO.—No.

JOA.—¿Por qué?

GLO.—Por lo contrario de lo que tú quieres.

JOA.—¿Dudas de mí?

GLO.—No. De tu amor segura, segurísima; pero tienes el genio demasiado violento, Joaquín, y eso, para toda la vida, es mucho genio. Vendrán las contrariedades menudas, mezquinas...

JOA.—Y mi adoración las vencerá.

GLO.—Eso es lo que me causa espanto. Esa adoración perpetua que nos imponen por el matrimonio y que el matrimonio suele no conservar es el origen de infinitas penas. Mucha gente se odia sólo porque tienen obligación de adorarse, que sino se estimarían mutuamente.

JOA.—¿Es desconfianza...?

GLO.—Sí. Nos enseñaron la indisculpable torpeza de que con el lazo conyugal, y eternamente, ha de ser todo o nada, y como es tan difícil que sea todo, la inmensa mayoría opta porque no sea nada.

JOA.—Ese temor no debe paralizarnos porque...

GLO.—(*Levantándose.*)—Un momento...

JOA.—(*Haciéndola sentar bruscamente.*)—¿Acabarás de zarandearte...?

GLO.—(*Indecisa entre enfadarse o no, concluye por reír.*) Habla, habla...

JOA.—En lo humano yo te garantizo la eternidad de mi cariño. ¡Te lo juro!

GLO.—El tuyo y el mío, no bastan para ser felices nosotros dos; en año y medio de amores, por tibieza de amor no hemos reñido nunca, y en cambio, por tu carácter nos hemos peleado veinte veces ya. Tú me quieres hoy—lo sé—y mientras sigas queriéndome la casa será un Paraíso... relativo; pero en cuanto amaines, que *amainarás*, un Infierno... absoluto. No me conviene: ya sabes por qué te digo que no.

JOA.—¿Piensas que yo no sabré hacerte dichosa?

GLO.—No sabrás.

JOA.—(*Levantándose.*) — ¡Bien! ¿Ni aprenderé...?

GLO.—Ni aprenderás.

JOA.—(*Dando un golpe con la silla.*) — ¡¡Bien!!

GLO.—(*Intranquila.*) — La silla...

JOA.—¿Conmigo no durará el amor...?

GLO.—Ni los muebles...

JOA.—¿Y en tus cuentas ha entrado el que yo cedería...?

GLO.—¿Qué remedio?

JOA.—¡Yo te aseguro que dominaré mi carácter...!

GLO.—Van muchas promesas iguales.

JOA.—¡Te lo aseguro!

GLO.—No, no, no...

JOA.—(*Cogiéndola de un brazo violentamente.*) — ¡Cuando yo te lo digo, Gloria, cuando yo te lo digo!

GLO.—(*Levantándose.*) — ¡Joaquín! ¿Vas a persuadirme a puñetazos de que tienes buen genio...?

JOA.—¡De que te quiero!

GLO.—Ya lo estoy.

JOA.—¿Y tú a mí...?

GLO.—También.

JOA.—¿Y me rechazas...?

GLO.—Sí.

JOA.—¡No, Gloria, no, porque soy capaz de una locura! ¡No me desesperes, que estoy ciego por tí y va a ser la perdición de los dos!

GLO.—A tiempo estamos de evitarlo.

JOA.—¿No?

GLO.—No.

JOA.—(*Avanzando amenazador.*) — Pues con nadie hablarás, que yo lo impediré; ¡nadie te mirará a los ojos, que yo haré bajar la mirada de todos...! (*Cogiéndola iracundo.*) ¡Y el día en que yo sepa que prefieres a alguno, ese día, él y tú y yo...!

GLO.—(*Luchando.*)—¡Joaquín!...

JOA.—Y quien se cruce con nosotros...

GLO.—¡¡Joaquín!!

JOA.—(*Zarandeándola.*)—Saldremos todos en pedazos... ¡te lo juro!

GLO.—¡Hemos terminado!

JOA.—(*Espantado.*)—Gloria...

GLO.—Hemos terminado, digo, que yo no tengo por qué aguardar desplantes de nadie.

JOA.—¡Mira que a esta carta nos jugamos el amor!

GLO.—Pues jugado va. Hemos concluído.

JOA.—Adiós, Gloria.

GLO.—Adiós, Joaquín.

(*Mutis Joaquín por izquierda.*)

ESCENA XVI

GLORIA y FEDERICO por foro, luego LANZADERA por la izquierda

FED.—¡Los escacharré! ¡Era una ilusión mercantil, un amor al seis por ciento!... ¡Don Reverencias viene indignado!... ¡Soy feliz, Gloria!

LAN.—¡Esa mujer no quería hablarme; quería burlarse...! ¡Y yo no volveré a acercarme a ella jamás! ¡Sin ella es como seré feliz!

ESCENA XVII

DICHOS: REVERENCIAS y TULA por el foro

REV.—¡Lo mató!

TULA.—Calma, amigo mío, calma...

REV.—¡Lo mato, lo mató! ¿Dónde está ese Federico?

FED.—Servidor.

REV.—Bien. Estese usted ahí...

LAN.—Adiós, señora...

(*Mutis por derecha.*)

FED.—(*Siguiéndole.*)—¡No se marche usted, hombre!

(*Mutis por derecha.*)

REV.—Adiós, señora...

(*Mutis por derecha.*)

TULA.—(*Siguiéndole.*) Por Dios, amigo mío, deténgase usted...

(*Mutis derecha.*)

ESCENA XVIII

GLORIA, FAUSTINO y JOAQUÍN por la izquierda

FAUS.—Ven acá, hombre, ven acá. No te marches.

JOA.—Dispense usted...

FAUS.—(*Cogiéndole.*) Aguarda y yo te prometo que esta misma noche oirás la palabra que deseas.

GLO.—(*Secamente.*) Se engaña usted.

FAUS.—(*A Joaquín.*) Tienes mi promesa: ¿aguardas?...

GLO.—(*Molestada.*) ¿Pero usted quién es para disponer así de las voluntades ajenas...?

FAUS.—¿No lo sabe usted?... (*Gloria lo mira inquieta: Faustino sonriendo bondadosamente.*) Eso que usted piensa...

GLO.—(*A media voz, intranquila.*) ¿Un demonio...?

FAUS.—(*Disculpándose.*) Un demonio, sí... pero recíbame bien. Desde la eternidad es el único que ha vuelto a la tierra para ofrecer aquí felicidades. De los demás, el mejor las ofreció para muy lejos. (*Dando un paso hacia ella.*) Gloria...

GLO.—(*Huyendo a refugiarse en Joaquín.*) ¡Joaquín!

JOA.—¡No seas bobal! ¡No tengas miedo! ¡Lo ha dicho por reírse de tu credulidad!

FAUS.—Sí, un poco... Pero tú, tú, Joaquín, debías tener más fe en mis palabras.

JOA.—(*Sonriendo, incrédulo.*) ¿Yo?...

FAUS.—¿No ves que ya empiezan a cumplirse mis promesas?... Unidos estáis.

GLO.—(*Apartándose de Joaquín y riendo.*) ¡Eso no!

FAUS.—Y aún más todavía os he de unir. ¿Aguardas?

(*Joaquín sonríe.*)

GLO.—(*Acercándose a Faustino.*) ¿Pero será usted de veras?...

FAUS.—(*Cogiendo el brazo de Gloria y pasándolo por el suyo.*) ¿Un demonio?... ¿Por qué no?...

(*Con mucha dulzura va llevándola a la izquierda. Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO